

Buenaventura. Música para despedir la guerra

ÓSCAR EMILIO BUSTOS B.

Escritor, periodista y docente.

Esta es la historia de un Centro Musical de Batuta, en un lugar de la costa Pacífica colombiana, el cual se ha convertido en el punto de encuentro de una comunidad que fue azotada por los violentos, pero que, gracias a la música y a los talleres psicosociales que aquí se desarrollan, hoy recupera su identidad y la confianza en los demás y en el entorno.

En donde antes salían alaridos de las víctimas, hoy brotan cantos y sonidos de flautas y tambores; donde ayer irrumpían criminales armados que disparaban al aire y obligaban a las personas a resguardarse en sus casas a las cinco de la tarde, hoy desfilan a todas horas líderes empoderados de los derechos humanos, los que ya se practican en su comunidad; donde los criminales imponían toques de queda y la ley del silencio, hoy la música, en las voces de los niños, endulza los oídos; donde los nuevos paramilitares de las bandas emergentes extorsionaban a los tenderos, hoy los pobladores, de reconocida generosidad y casas de puertas abiertas, recuperan sus costumbres ancestrales. Esto ocurre en una pequeña calle, ubicada en el sector de La Playita, a diez minutos del centro de Buenaventura, donde se creó la primera zona humanitaria urbana de Colombia. ¿Cómo fue posible esto en la ciudad catalogada en 2013 como una de las más peligrosas de Colombia?

Desde la terraza de un edificio, la bahía de Buenaventura se ve como una postal: las aguas del mar Pacífico, espejeantes

y azulinas, entran como en un oasis conformado por una isla, ensenadas, penínsulas y playas paradisíacas, que hoy amanecieron cubiertas por una capa de bruma, mientras algunos barcos de gran calado se ven más allá, suspendidos en la distancia, como puestos sobre una superficie de vidrio. Además, no es sino descender y adentrarse en las calles de la ciudad para sentir el calor húmedo, las mil voces de los bonaverenses que madrugan a trabajar, que suenan como un panal y la brisa cálida que trae revueltos todos los olores marinos.

¿Dónde queda la calle Puente Nayero? Al taxista debe decirse la palabra “carrera” y pedirle que nos lleve al barrio La Playita. Si no pronunciamos la bendita palabra oportunamente, el conductor convierte su taxi en un vehículo de pasajeros, al que se suben hombres y mujeres con bultos, bolsas y paquetes, a los que les cobra la tarifa que pagarían por un viaje en bus.

La ciudad, con sus cuatrocientos mil habitantes, la mayoría afrodescendientes, es una de las más populosas de Colombia y, sin duda, el puerto más importante que tiene el país sobre el mar Pacífico; sin embargo, es también una de las poblaciones más pobres y tal vez la que más ha sufrido la violación de todos sus derechos. La zona céntrica, construida al garete en la isla Cascajal —de tres kilómetros de longitud por uno de ancho, y unida al continente por un largo puente— es un conjunto apretujado de barrios, densamente poblados, con ca-

sas palafíticas sobre el mar y sin parques ni otras zonas verdes a la vista.

En la zona portuaria se llevan a cabo las obras para construir un malecón turístico, pero todo indica que por ahora el proyecto está parado. Solo en esta isla, donde están el muelle, el centro histórico y la zona comercial, viven unas cien mil personas, en barrios sin ninguna planeación y por cuyas calles sinuosas circulan, sin que pueda caber uno más, taxis y motocicletas. Tampoco se diseñaron los otros barrios que rodean la avenida Simón Bolívar —la cual atraviesa la ciudad de oriente a occidente—, que se extienden más allá del aeropuerto y amenazan con llegar hasta el río Dagua, a diez kilómetros de la isla.

Es en esta ciudad-puerto en donde históricamente se han sentido, a sangre y fuego, varios frentes guerrilleros, grupos de narcotraficantes de toda calaña, bloques de paramilitares que supuestamente se desmovilizaron y bandas emergentes que han causado dolor a esta región occidental del mapa colombiano. De aquí provinieron, en noviembre de 2013, noticias crueles que le dieron la vuelta al mundo y que informaron sobre nuevas formas de matar, en las llamadas “casas de pique”, donde los neoparamilitares descuartizaban vivas a sus víctimas y las arrojaban al mar.

El taxista nos deja en una populosa esquina, en un sector comercial atiborrado de vendedores ambulantes de toda clase de pescados, conchas y tortugas, desde donde puede verse una pancarta, izada en una bocacalle, que dice: “Espacio Humanitario Puente Nayero – Protegido con medidas cautelares otorgadas por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) – Defendiendo el territorio – Construyendo la paz – Fos Colombia – Fondo para la Sociedad Civil”. Al entrar, tres policías, con chalecos antibalas y fuertemente apertrechados, están alrededor de

un escritorio, bajo un cobertizo. Piden documentos de identidad, registran los bolsos y escriben los nombres de los visitantes en un cuaderno.

Una lucha por la resistencia

Puente Nayero es una pequeña península, de unos cuatrocientos metros de largo por cincuenta de ancho, que entra en el mar de la bahía por el occidente de la isla, como lo hacen otras calles de Buenaventura. En 1940, la ocuparon pescadores que procedían del río Naya, quienes vieron la necesidad de tener un pedazo de tierra urbana en el puerto para comerciar sus productos. A punta de conchas de piangua y de restos óseos de pescados y mariscos, sedimentaron la única calle de la zona —por la que ahora caminamos— y construyeron sus viviendas de madera sobre estructuras palafíticas en ambos lados de la vía. Bajo estos pilotes circula el sereno mar de la bahía. En 1990 ya había 101 viviendas, nunca han tenido servicios públicos, ni siquiera agua potable, y la que consumen la recogen en canecas; aprovechan los copiosos aguaceros que la naturaleza prodiga al Pacífico colombiano. Sobra decir que depositan todos los desechos en el mar, porque el Estado ha sido incapaz de ofrecerles algún bienestar.

Cuentan que cuando sube la marea, la calle se inunda, pero las casas se ven erguidas sobre las aguas. Setenta viviendas por un lado de la céntrica calle y otras setenta por el otro. En medio de la única vía pública, aún les quedó espacio para instalar algunas casetas en las que los hijos y nietos de los fundadores, y los nuevos pobladores, juegan cartas y venden almuerzos y licores. En la punta más extrema de la península, construyeron otras casas y allí elaboraron unos puentes de madera para acceder a ellas. Estos puentes están contruidos con simples tablas burdas,

Si bien nunca han estado lejos de las múltiples violencias que afectan a los bonaverenses, los líderes de Puente Nayero cuentan que durante 2013 los crímenes llegaron a un tope inaguantable; los nuevos paramilitares se apropiaron de algunas casas y las convirtieron en centros de tortura y muerte.

sin cepillar, puestas sobre los pilotes, por las que circulan los niños pequeños, apenas caminadores, quienes —ante la mirada prevenida de los visitantes— se pegan sus carretas, para que nadie se preocupe de que se caigan de cabeza al mar.

La calle termina entre grandes piedras, hasta las cuales caminan dos patrulleros de la Policía en actitud vigilante, quienes a veces se detienen allí y otean el mar de la bahía. Muy cerca, en una de las últimas viviendas, levantada en fuertes pilotes y con la fachada pintada de azul claro, funciona el Centro Musical de Batuta, donde esperan a los niños de Puente Nayero para dar inicio a un taller musical y donde nos reciben jóvenes líderes de la gesta que los convirtió en espacio humanitario. Dicen que la casa la prestó temporalmente, para la ejecución del proyecto, su poseedor, un pescador que regresó al río Naya.

Cuentan que fue la misma comunidad la que reparó varias veces la casa, tales como cambiarle el tablado y asegurar su

estabilidad, hasta convertirla en el faro que es hoy, pues cuando las reuniones se prolongan después de las seis de la tarde, una poderosa luz que sale por un ventanal del segundo piso ilumina esta parte de la bahía.

Si bien nunca han estado lejos de las múltiples violencias que afectan a los bonaverenses, los líderes de Puente Nayero cuentan que durante 2013 los crímenes llegaron a un tope inaguantable; los nuevos paramilitares se apropiaron de algunas casas y las convirtieron en centros de tortura y muerte. Indican, con papeles en mano, que entre junio y octubre de ese año se cometieron ocho casos de desmembramiento de seres humanos en su calle, las que se sumaban a los cerca de cien asesinatos registrados en el área urbana de Buenaventura entre noviembre de 2012 y abril de 2013.

También recuerdan que los pobladores denunciaron la crisis humanitaria ante las autoridades, pero ninguna hizo nada para detener la violencia. Entonces se requirió que la comunidad reaccionara y comenzara a buscar cómo superar la situación. Alguien dijo que en el Chocó una comunidad campesina se había constituido como zona humanitaria y que, sin necesidad de usar armas, había sacado a los violentos de su territorio. No dudaron en poner en práctica esta posibilidad. Se constituyeron como “Espacio Humanitario Puente Nayero”, y desde esta condición exigieron a las autoridades locales y nacionales la protección de sus derechos colectivos.

Los líderes confrontaron valientemente a los paramilitares y les exigieron abandonar su pequeño territorio, pero estos no se fueron de buenas a primeras. Los habitantes de Puente Nayero tuvieron que resistir atentados, hostigamientos, amenazas, e incluso que al personero de la ciudad y a algunas autoridades policiales los señalaran como promotores de una “república independiente”. No obstante, en su tarea

Llega Batuta con Voces de la Esperanza

Fue así como la Fundación Nacional Batuta, que ya venía trabajando en Buenaventura con poblaciones vulnerables y víctimas de la violencia, gestionó un proyecto de formación musical de esta comunidad ante la Unidad Nacional de Víctimas, la que finalmente lo aprobó en el último trimestre de 2015 para dos comunidades de Buenaventura: la que se constituyó en espacio humanitario Puente Nayero y la del Consejo Comunitario de la vereda La Gloria, en zona rural de Buenaventura. Esto demuestra otra experiencia de resistencia ante los violentos.

Mercedes Cuero, asistente administrativa del proyecto en los dos lugares, dice que los habitantes de Puente Nayero “tuvieron fuerzas y garras para sacar a todos los violentos y convirtieron su barrio en un territorio de paz, donde los niños disfrutaban, sin temor a que les hagan daño”. Y agrega: “Algunos estudiantes quedaron huérfanos a causa de la violencia, porque quizás el padre habló algo y solo por ver lo que pasaba le dieron muerte”. Una de las inscritas, espigada morena de doce años —de quien no diremos su nombre—, es entusiasta participante en los talleres de música que comenzaron en 2015. Ella quisiera olvidar el cruel pasado, del que aún subsisten algunas imágenes en su memoria: “Vivimos muchas violencias cuando mataban personas. Una vez vi que asesinaron a un señor, a bala, y después de eso yo no podía dormir y tenía pesadillas, pero sabemos que eso no se va a repetir, porque ahora estamos en el espacio humanitario Puente Nayero”.

Fleyner Angulo, uno de los coordinadores del espacio humanitario, tiene veinticuatro años, pero desde los diecisiete ha formado parte del proceso. Expresa como un grito de victoria al exclamar: “Decidi-

por sacar a los violentos sin hacer uso de las armas encontraron ayuda, inicialmente, en la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz y luego en la ONG Comunidades Construyendo Paz en los Territorios (Conpaz), coordinada, entre otros, por el líder Orlando Castillo, a quien también se le amenazó; entonces, activistas de la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz entraron en Puente Nayero y convivieron con sus habitantes.

Dadas las graves amenazas que les hicieron a los líderes, la Comisión Intereclesial envió un requerimiento a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), con el fin de buscar la protección de los habitantes de la península. Ellos recuerdan la fecha como un “rompeaguas”: fue el 13 de abril de 2014 cuando la CIDH se pronunció ante el Estado colombiano y le exigió —en cumplimiento del tratado internacional firmado por todos los países de la Organización de Estados Americanos (OEA), incluida Colombia— la protección de las 279 familias y las casi 1000 personas, entre niños, jóvenes, adultos y defensores de los derechos humanos, que viven en Puente Nayero.

La presencia del Ejército, la Policía y la Marina —institución que al comienzo de la medida realizó algunos patrullajes en sus lanchas rápidas por ese sector de la bahía— ayudó en gran medida a que los paramilitares abandonaran definitivamente la pequeña península. Puente Nayero se constituía así en un oasis en medio de la guerra. Varias organizaciones promotoras de paz, nacionales y extranjeras, asumiendo todos los peligros, llegaron desde Estados Unidos, Italia y otros países europeos para acompañar a sus habitantes. Hubo celebraciones colectivas con currulaos y otros bailes animados con marimbas, traídos por grupos folclóricos solidarios. Otras 23 familias bonaverenses se unieron a la experiencia y entre todos sumaron 302 familias y 1028 personas.

mos erradicar la violencia y las estructuras paramilitares de nuestro espacio ancestral”. Cuenta que “era difícil implementar una propuesta de zona humanitaria en Buenaventura, como la que hicieron en el Chocó, porque se necesitaría que ningún actor armado estuviera presente. Por eso nos constituimos en espacio humanitario, porque desde el comienzo tuvimos la presencia de la fuerza pública, en especial la Policía y la Armada, que estuvo unos días prestando el servicio”. Agradece también el acompañamiento de las organizaciones promotoras de paz, porque merced a ellas “los violentos vieron que de alguna manera eso los vulneraba y decidieron salir de nuestro territorio”. Asimismo, con la alegría de un resucitado, añade: “Hemos vuelto a recuperar nuestros espacios cotidianos de vida y esparcimiento, y hoy dormimos más tranquilos”.

Fue Mercedes la encargada de ir, casa por casa, a inscribir a los niños para participar en los talleres de iniciación musical y asesoría psicosocial en el Centro Musical. Habló con los padres de cada uno, quienes también se vincularon, pues eran conscientes de que el dominio paramilitar, que duró más de veinte años, había afectado seriamente su vida.

John Erik Caicedo, sociólogo y profesional de gestión social en Batuta en el proyecto Voces de la Esperanza, recuerda que durante el último trimestre de 2015 trabajaron la cartografía social con las comunidades de Puente Nayero y La Gloria.

“Identificando los lugares más importantes de su vida cotidiana, ellos empezaron a reapropiarse del territorio, a vencer esos temores que les quedaron por todo lo que vivieron en medio del conflicto armado,



pues había sitios que la comunidad había abandonado por físico miedo. Por ejemplo, los adultos habían renunciado a visitar su mar, y aunque lo tenían en las narices se negaban a voltear a mirarlo, como si no existiera”, dice John.

El siguiente paso, a partir de las expresiones de los niños, fue la elaboración de canciones, cuyas letras resignificaban los lugares del territorio. “Esto fue lo que les permitió a los niños empezar a tener esa voz que, de una u otra manera, les había arrebatado el conflicto durante todas las circunstancias dolorosas en Buenaventura”, agrega el gestor. Y las voces, cantando en coro las canciones elaboradas por ellos mismos, marcaron el camino de la esperanza en un mundo mejor para esta comunidad.

En la vereda La Gloria, azotada también por paramilitares en su dominio territorial, el asunto se facilitó porque, según John, allí “la gran mayoría de los adultos son poetas” y hay una gran tradición en la elaboración de las décimas.

Versos y esperanza en La Gloria

Salimos de la isla Cascajal en un taxi. Eso sí, nos apresuramos a decir la palabra “carretera”, antes de que el conductor completara el cupo subiendo a otros pasajeros. Cuando le pedimos que nos transportara a la vereda La Gloria, nos comentó que precisamente esa mañana en su vehículo había sacado por la misma ruta a una mujer mayor, atacada por dolores, a la que llevó a un hospital.

“En mi opinión, esa señora lo que tenía era desnutrición, pues en medio de su desespero contó que el mercado que le dejaba su hijo para que se alimentaran ella y un nieto no les alcanzaba para la quincena, así lo hiciera estirar al máximo”, dijo el taxista.

Para llegar a la vereda La Gloria hay que salir de la carretera que va hacia Lo-

boguerrero y Cali y desviar por un camino carretable, en medio de un paisaje entre rural y urbano, pasando por una quebrada.

Precisamente allí, a quince minutos de Cascajal, adentrados en el continente y muy cerca de un brazo del río Dagua, encontramos a José Mario Riascos, un veterano versificador y el hombre clave en los talleres de reelaboración literaria de su territorio. Para saludarnos, se expresa en versos:

La vereda donde vivo
 tiene el nombre de mi novia
 y para que todos lo sepan
 es la vereda la Gloria.
 Es el lugar más bonito
 que ojos algunos han visto,
 es como bajar del cielo
 y llegar al paraíso.

Y su nieto, Pablo Adrián Riascos Rodríguez, de doce años, que anda a su lado, continúa con el poema, quien muestra gran desenvoltura:

Es recorrer el bosque
 y caminar paso a pasito
 llegar a la quebrada
 y bañarse en los charquitos
 y revolverse en la arena
 como verdaderos niños.

José Mario Riascos es el representante legal del Consejo Comunitario de la comunidad negra de la vereda La Gloria, que gracias a la Ley 70 de 1993 es la propietaria de 362 hectáreas de terreno, que han repartido en parcelas con cultivos de pancoger para alimentar a 2023 personas.

“Nosotros esperamos ser reparados, dados los daños que nos hicieron los paramilitares, por la Ley 4635, que es la de víctimas de las comunidades negras, porque hemos hecho resistencia desde nuestro territorio”, dice José.

“¿De qué manera fueron golpeados por la violencia?”, pregunto.

“Cuando los maleantes traían a la gente para asesinarla aquí, lo primero que gritaban era ‘¡A sus casas!’, y todos nos encerrábamos en nuestras viviendas”.

“De una forma sistemática, porque el territorio de nosotros está muy cerca de la pista del aeropuerto internacional que va a tener Buenaventura y porque también por acá van a pasar megaproyectos como el terminal marítimo Delta del Río Dagua y la tubería de Ecopetrol. Únicamente quieren venir a comprar el territorio a precios irrisorios, pero nosotros les decimos que no vendemos un solo metro de tierra”, responde José.

Luego recuerda que en medio de esa situación fueron asesinados el líder comunal José Honorio Urbano y el campesino mestizo Rafael Sánchez. Otros habitantes tuvieron que irse cuando el Bloque Calima tomó su vereda como base de operaciones.

“Cuando los maleantes traían a la gente para asesinarla aquí, lo primero que gritaban era ‘¡A sus casas!’, y todos nos encerrábamos en nuestras viviendas. A veces atinábamos a mirar por las rendijas y veíamos que llevaban a dos o tres personas, pero en medio del temor nunca llevamos una estadística; solo había zozobra, desaliento y desamparo. No sabíamos a quién recurrir. Hoy sabemos que la tierra no se vende, se defiende”, enfatiza el poeta y líder comunitario, mientras su nieto lo observa con admiración y respeto.

Ahora, en 2016, Batuta y la Unidad de Víctimas reanudaron los talleres mu-

sicales tanto en el espacio humanitario Puente Nayero como en el salón comunal de la vereda La Gloria. John ofrece un balance del proceso: “El proceso nos enseñó que se pueden hacer las cosas, que los niños tienen voz y pueden participar, pues motivaron a los adultos a hacer un trabajo de memoria histórica, recordando su niñez y sus lugares de procedencia, pues muchos son desplazados”.

Además, John agrega que las letras de las canciones son sencillas, pero cumplieron con la tarea de hacer memoria sobre unos lugares que antes estuvieron ocupados por los violentos. Cita un fragmento: “Voy con mi familia,/ recorremos un montón,/ Yo soy de Puente Nayero,/ el puente que fue invasión”.

Asimismo, destaca que, aunque el proyecto piloto incluía solo la producción de una canción, salieron seis. Los niños cantaron las en el evento de cierre, que tuvo lugar en la sede del Pacífico de la Universidad del Valle, ante padres de familia, profesores de música y directivas de Batuta y la Unidad de Víctimas.

“El evento produjo sentimientos encontrados, los padres de los niños lloraron emocionados, y cuando hoy lo comentamos todavía nos vibra el corazón”, dice John entusiasmado.

Los niños de la pequeña península van corriendo por la céntrica calle e irrumpen en la construcción palafítica donde funciona el Centro Musical. Algunos llegan descalzos y otros con chancletas, los demás con el torso desnudo por el calor, pero todos dichosos y sonrientes, dispuestos a integrarse en los juegos que propone la asistente administrativa. La casa, un poco oscura, con una pequeña ventana que da a la calle, es un espacio de cinco metros de frente por ocho de fondo, con piso tablado, donde hay algunos xilófonos y tamboras. Por debajo se siente el suave oleaje de la bajamar. Ya

están aquí los jóvenes profesores: Nelson Rodríguez, oriundo de Ibagué y vinculado a Batuta hace tres años, y Cristian Zúñiga, bonaverense formado en un centro musical de la misma entidad en la ciudad-puerto. “Comencé a los trece años. Hice cinco niveles de preorquesta en el Centro Musical del barrio Lleras, en la parroquia San Pedro Apóstol. Luego fui a Cali a estudiar música, pero mi anhelo era volver a enseñar en Batuta, aquí en Buenaventura, y hoy estoy realizando ese sueño”, cuenta Cristian.

“Los niños están aquí para expresar sus ganas de alzar la voz y manifestarse artísticamente. Lo que queremos es que olviden sus vivencias negativas y puedan hacer música y divertirse en este espacio, que ahora es un punto de encuentro”, dice Nelson.

Los profes empiezan la clase: hoy se trata de cantar en coro *La canción del chontaduro*. Los niños, en la práctica de la afinación de voz, recitan una y otra vez los versos: “Chontaduro/ maduro/ vende el negrito Arturo”.

La fotógrafa los invita a salir a la calle para tomar una foto con el fondo del mar. Tienen tanta fuerza sus voces en el coro, que no demoran en ser rodeados por otros vecinos que los miran con respeto.

Entonces Fleyner Angulo, que se ha quedado mirando la bahía, expresa en voz alta lo que ha venido pensando: “El sueño más grande es poder pacificar Buenaventura y el Pacífico entero. Que todo el territorio se convierta en espacio humanitario y que los habitantes tengan medidas cautelares ante la violencia”.

El profesor Nelson remata:

Batuta ha logrado hacer un trabajo muy sólido con esta comunidad, con los coros de los niños, que han trabajado hombro con hombro con los adultos. Este trabajo fortalece corazones y mentes y nos anima a aportarle toda nuestra energía y a aprender de ellos, pues han demostrado que a pesar de las circunstancias que les ha tocado vivir, sueñan con un futuro libre de violencias.

Nos despedimos e iniciamos el sinuoso camino hacia el hotel y luego al aeropuerto. Desde la ventanilla del avión, ya en el aire, vemos una densa nubosidad que oculta la bahía de Buenaventura. Sin embargo, nuestra mirada trata de penetrar hasta la calle Puente Nayero, donde sabemos que los niños y sus profesores, con sus cantos llenos de energía, libran un combate que merece todos los elogios. ■■